

El caso del vampiro de Borox y la historia del ataúd maldito

FFA 1993-2006

Jordi Ardanuy, Martí Flò y Valentí Ferran

Primer contacto

Durante el primer semestre del año 1993, estábamos barajando la posibilidad de convertir en una monografía algunas ideas que teníamos sobre el tema de los vampiros, el cual no resultaba especialmente atractivo.

Uno de los aspectos en el que queríamos contribuir era en la publicación de casuística en el ámbito español. Para ello escrutamos la menguada bibliografía hispana, así como aquella foránea a la que nos fue posible llegar en el plazo de tiempo que más o menos nos marcamos para no prolongar nuestro estudio indefinidamente.

Otra línea de trabajo fue intentar entrar en contacto con autores o investigadores del tema de los vampiros, independientemente de cual fuera su posición sobre el asunto. Ello nos llevo a descubrir que varios nombres de autores sobre esta materia eran en realidad pseudónimos, muchos de los cuales hemos identificado con el tiempo.

Estas pesquisas nos condujeron a tratar con Ángel Gordon en julio del citado año, persona vinculada a las llamadas paraciencias, quien había publicado *El Gran libro de los vampiros. Tratado de upirologia* [Gordon 1986], reeditado el año pasado [Gordon 2005]. En nuestro primer contacto, Ángel Gordon, nos explicó una historia maravillosa que supuestamente él había investigado, aunque luego resulto no ser así.

Según el relato de Gordon, la historia se situaba en el año 1976 y el protagonista era un ataúd que había llegado por mar a Cartagena desde la ahora extinta Yugoslavia. El cargo se había transferido posteriormente a un camión con destino Santillana del Mar. En los lugares donde se detenía el camionero a pernoctar fallecía indefectiblemente alguna persona, atacada presuntamente por un vampiro. El conductor de lo que titulamos entonces de manera provisional «El viaje maldito» se había vuelto loco y se encontraba ingresado en un sanatorio cercano a Madrid. Gordon añadía que disponía de una copia de un acta notarial sobre dichos sucesos. Ésa fue su perdicción.

Con la historia debajo del brazo nos tomamos unas cervezas, ya que la narración resultaba apetitosamente literaria. Teníamos la esperanza que, cuando Gordon nos suministrara el escrito que nos había prometido, tuviéramos alguna interesante pista que seguir.

Tuvimos que insistir notablemente para que Gordon aceptara entregarnos la documentación que decía poseer. Fue sobretodo por nuestra insistencia que, finalmente, a finales de octubre accedió a darnos una fotocopia de lo que era una mera nota mecanografiada de Miquel Aracil que llevaba fecha del 7 de octubre de 1983. Y aunque el contenido nos resultó sumamente estimulante, distaba bastante de lo que Gordon nos había narrado.

De entrada, nada de acta notarial. El único documento que tenía Gordon era ése que en su día le había facilitado Aracil. Por supuesto, allí no se decía nada de que el conductor hubiera sido internado, coetilla muy habitual de diversas leyendas urbanas, que con más exactitud deberíamos llamar contemporáneas. Y la fecha; la única referencia temporal que aparecía en el texto de Aracil era 1915, tampoco 1976. Pero Gordon escurrió el bulto.

Releíamos una y otra vez la nota que teníamos entre manos y que llevaba por título «Resumen de la investigación remitida por el abogado D. A. M. a Miguel Aracil, entre las fechas 1 de septiembre y 6 de octubre». El nombre del abogado estaba suprimido. No hacía falta ser muy preclaro para darse cuenta que el primer paso era hablar con Miguel Aracil. Cosa que hicimos en dos ocasiones. Pero lo cierto es que no avanzamos mucho. Aracil no estaba muy satisfecho de que nos hubiésemos hecho con una copia de un documento suyo sin su previo consentimiento y aunque eso no era culpa nuestra, no creaba comprensiblemente la mejor predisposición posible para la colaboración. Pese a ello, nos explicó que no sabía más de lo que contenía dicho informe y nos facilitó el nombre del abogado, pero no las señas. Y esto trajo enormes consecuencias.

El contenido de la nota y algunas ideas equivocadas

La nota de archivo de Aracil comenzaba indicando la llegada de un «ataúd clásico» al puerto civil de Cartagena donde estuvo depositado durante cierto tiempo, hasta que fue reclamado por un particular de La Coruña. Tras las diligencias habituales fue enviado a dicha localidad por carretera, haciendo escala en diferentes localidades. Al cabo de pocos días se producen «casos de ataque “vampírico” en Alhama del Segura, Almería, Toledo, Santillana del Mar, Comillas y La Coruña. En Borox, pueblecito de la provincia, se habla del Vampiro de Borox» [Aracil 1983b].

El texto continuaba explicando que la caja fue devuelta al poco tiempo a Cartagena, donde se había hecho cargo de ella un noble servio con escasos recursos económicos, ya que se alojaba en una posada de la calle Mayor de Alhama de Murcia, pero solamente se le veía de noche. Por otro lado, una persona de edad avanzada del pueblo decía haber conocido a un aristócrata polaco de gran parecido con el balcánico. El aristócrata desapareció pronto, con lo que el ataúd fue inhumado en el cementerio de Cartagena. La tumba lleva una inscripción con su nombre y detalles sobre la vida del muerto.

Hasta aquí la información que poseíamos y, ya que Aracil no estaba demasiado dispuesto a ayudarnos, de manera hasta cierto punto comprensible, teníamos que basarnos en nuestras propias inferencias hasta que localizáramos al abogado informante. Y algunas de ellas fueron totalmente erróneas.

En primer lugar, la noticia de Aracil [1983b] decía textualmente «En Borox, pueblecito de la provincia, se



Esta sería la ruta seguida por el ataúd en su singular viaje.

habla del Vampiro de Borox». Ya que el escrito no hacía mención a ninguna provincia, y sabedores de que dicha población pertenecía a la demarcación de Toledo, parecía colegirse que el abogado era toledano y que Aracil reproducía lo que el letrado le había comunicado. Pero no era así. Se trataba simplemente de una omisión.

Una cosa que nos llamó la atención fue que Ángel Gordon no hubiera usado la historia en su tratado [Gordon 1986]. Aracil hacía una mención de pasada al caso en su pequeña monografía *Vampirismo, magia póstuma de los no-muertos* [Aracil 1986]. Así puede leerse «dejando Catalunya [sic], podemos hablar de algunos casos de vampirismo aislados en los Montes de Toledo, en plena época del Barroco, y en el siglo pasado, de un caso ocurrido cerca de Cartagena, originado por un noble servio, que atormentó y asustó algunas aldeas cercanas al importante puerto murciano» [Aracil 1986: 30]. Más adelante este mismo autor [Aracil 1986: 48] reproduce la silueta de la Península Ibérica, señalando con cruces y números autógrafos los diversos casos de vampirismo en España ya citados, pero añadiendo otras dos cruces para Calasparra y Santander no comentadas en el texto y que nos llevaron a interrogarnos infundadamente si estaban relacionadas con el asunto.

De manera independiente, había aparecido en 1992 un artículo de Miguel Montero de Espinosa dedicado al peligro del vampirismo en la revista *Ritos*, dirigida por Miguel Aracil, donde se mencionaba que un cadáver baleánico apareció durante cierto tiempo en Cantabria en tiempos de la Primera Guerra Mundial hasta que un grupo de ocultistas decidió reunirse para combatirlo. Un testigo de aquella sesión refirió, según Montero de Espinosa, que «toda la estancia se llenó de un olor a podredumbre que apenas podía aguantarse, algo parecido a "carne podrida". La temperatura disminuyó de manera alarmante. Se supone que unos quince grados (la sesión fue en plena canícula) y una de las personas asistentes, cuyo nombre era Luisa, conocida médium de edad avanzada, estuvo a punto de desmayo, pues según ella, notó como todo el cuerpo parecía ser absorbido, y sus fuerzas desaparecían por varios puntos de su cuerpo, concretamente sus axilas y su plexo solar». [Montero de Espinosa 1992: 10]. La verdad es que las historias parecían de alguna manera encajar.

Por otra parte, un miembro de la asociación ACEF (Asociación catalana de estudios forteanos) organización que presidía Miguel Aracil, había contestado con anterioridad algunas preguntas formuladas por escrito por uno de nosotros indicando que «sobre el extraño caso del vampiro o supuesto vampiro que acabó con varias muertes en diferentes lugares de España en el primer tercio de este siglo, tenemos conocimientos de que la documentación está en el archivo de Santillana de Mar (Cantabria)».

Ya que no encontrábamos nuestro abogado a través de la guía telefónica, ni a través de nuestros contactos, estaba claro que debíamos preparar las maletas y recorrer España.

Viaje a Borox

Diversos han sido los viajes, visitas y consultas que hemos realizado a través de la geografía hispana para intentar esclarecer el asunto, tanto en grupo como de forma individual. Los resultados más significativos ya los consignamos en nuestra monografía, un tanto acrítica en algunos aspectos, *Vampiros: magia póstuma dentro y fuera de España* [Flò, Ferran, Ardanuy 1994].

Como sea que el relato se iniciaba en Cartagena, parece lógico comenzar por dicha población la reseña de aquello que se puede contar. Existen en dicha ciudad portuaria, dos cementerios para uso civil, siendo el más antiguo el de Nuestra Señora de los Remedios, en un extremo del barrio de santa Lucía. El otro se conoce como San Antón, cogiendo su nombre todo el entorno. En los registros de dichos camposantos, como es costumbre, se hace constar fecha y hora de recepción de los difuntos, números de orden, datos personales del fallecido, tipo de enterramiento con anotación cronológica, tasas pagadas, así como observaciones.

Después de las comprobaciones oportunas, afirmamos ya en su día que no existía ninguna entrada que se correspondiese con el caso el cual indagábamos [Flò, Ferran, Ardanuy 1994: 121]. Señalar que sí aparecían en dichos archivos algunas referencias a individuos desconocidos que habían sido hallados muertos, como es el caso de un varón de unos 60 años enterrado el 20 de enero de 1915 a las trece horas en clase general, por orden judicial. Pero como ocurrió en ese caso, la mayor parte suelen terminar identificándose sin mayores dificultades. Además, hay que considerar que el caso que nos ocupa no se trataba de un muerto no identificado.

puesto que había sido reclamado desde La Coruña, posteriormente se había hecho cargo del mismo un Servio, y finalmente había sido inhumado con una inscripción en la cual constaba el nombre y otros datos sobre el difunto.

De responsabilizarse las autoridades de su entierro, tal y como se colige del informe, correspondería a la tarifa general, con una tumba en el suelo con vigencia improrrogable de seis años, tras los cuales los restos pasan al osario común. Para evitar esto último debería haber costado alguien un nuevo entierro, cosa inverosímil, por lo que no es posible que hoy permaneciera tumba alguna del supuesto vampiro.

Fueron consultados diversos historiadores locales en busca de algún dato que pudiera corroborar al menos parte de la historia. Pero todo fue inútil. Los archivos de la Marina de Cartagena no aportan información alguna.

El jefe administrador de la Aduana Marítima de Cartagena informó que no se guardaban documentos tan antiguos, puesto que los mismos son destruidos cada cierto tiempo. Expertos y administradores coincidieron en que el ataúd a su llegada habría pasado por la aduana (procedía del extranjero), y deberían haberse presentado certificados sanitarios. Al regresar de La Coruña, y después de la desaparición del servio, el Gobernador habría publicado un aviso en el Diario Oficial de la Provincia para que se hiciesen cargo de su entierro. De todo esto no había rastro alguno. Tampoco la Cámara oficial de comercio de Murcia tenía información, aunque esta consulta fue realizada posteriormente.

Las gestiones en Santillana del Mar y en Comillas fueron inútiles. No existía documento alguno en estas poblaciones cántabras que pudiera aportar prueba alguna, ni nadie había jamás oído hablar de la historia. La sesión narrada por Miguel Montero de Espinosa, de ser cierta, quedó circunscrita a los ambientes espiritistas y quizá esté recogida en alguna publicación de la época que no hemos sido capaces de encontrar.

La Coruña no conservaba rastro alguno del paso del siniestro ataúd por sus tierras y las gestiones posteriores ante la Cámara de comercio fueron del todo estériles.

Sin embargo, nuestra suerte cambió en Borox, en la provincia de Toledo, a una cincuentena de kilómetros al sur del Madrid, una población que escasamente superaba en 1994 los mil habitantes.

Sus vecinos nos ofrecieron evidencias de lo orgullosos que vivían de las glorias del toreo. Y fue precisamente en un agradable establecimiento llamado Los Toriles, cuyo nombre evoca inconfundiblemente las corridas de bravos, donde conocimos al Secretario del Ayuntamiento, quien tras invitarnos cordialmente a escanciar algún brebaje con el que saciar la sed, se ofreció a prestarnos toda la colaboración posible.

No fue muy prometedor el principio, puesto que nadie había jamás oído hablar de ese personaje llamado El Vampiro de Borox. Con un rico anecdótico sobre el mundo taurino, se decepcionaban los parroquianos por nuestra obsesión en tan descabellado tema. Pero al fin el amable Secretario dio con una señora, sexagenaria, que recordaba haber oído hablar del personaje, pero sin otros recuerdos por el paso de los años que la suposición de que se trataba de un *hombre que chupaba la sangre+ a sus congéneres.

Después de este pequeño éxito, nos trasladamos al club social para ancianos, donde con gran amabilidad fuimos agasajados con atenciones, y de nuevo ricamente informados sobre anécdotas e historias del pueblo y de la comarca de la Baja Sagra, mas nadie conocía la mórbida historia del vampiro. Los más negaron intensamente la posibilidad de que existiera el «vampiro de Borox» pues jamás habían oído mentar el caso, aunque se habían criado próximos a nuestra única informante.

Nos marchábamos ya de Borox, cuando el oportuno Secretario nos comunicó que otra fuente independiente confirmaba el recuerdo del vampiro, pero sin que fuera posible proporcionarnos más detalles. Parecía pues que la leyenda del vampiro, fundamentada o no, había existido. Y así lo plasmamos por escrito, y una amplia edición de nuestro libro propició que tanto en España como en Hispanoamérica muchos curiosos e interesados pasaran a conocer la historia que titulamos «El Viaje Del Ataúd Maldito».

Un largo silencio

Tras la publicación del libro, en una edición que no fue finalmente para nada de nuestro gusto, y tras cerrar algunas investigaciones en curso que nada tenían que ver con los vampiros, disolvimos nuestro grupo de

trabajo, puesto que otros compromisos familiares, profesionales y de índole diversa nos esperaban. Sin embargo, mantuvimos la esperanza de continuar conjuntamente con la investigación del suceso, por lo que no emprendimos de manera separada una búsqueda sistemática de nuevos datos, aunque ocasionalmente realizamos indagaciones individuales que, por lo general, dieron resultados negativos.

En enero de 1998 apareció en la desaparecida revista de ocultismo y paraciencias *Karma 7* un artículo que firmaba su director Sebastià Arbó, más conocido por su nombre artístico de D'Arbó [Arbó 1998].

El escrito parecía aportar a primera vista información adicional, pero un estudio con mayor profundidad ponía en evidencia inventos, por no llamarlos falsedades, a los que nos tiene acostumbrado el periodista catalán.

Su primera «aportación» era que el noble servio se llamaba Ugarés, cuando ese término se refiere al apelativo de otro suceso sin relación alguna, acaecido en Cataluña, y que ya expusimos en su día [Flò, Ferran, Ardanuy 1994: 117-118]. D'Arbó dice textualmente que el ataúd transportaba el «cadáver embalsamado de un servio llamado el Ugarés, el cual en vida había atormentado y asustado ciudadanos en diversas aldeas de este país

VAMPIRISMO

"EL MISTERIO DEL ATAÚD MALDITO"

Si existe en España un caso verdaderamente misterioso relacionado con el Vampirismo, este es, sin duda, el "Viaje del Ataúd Maldito" que atravesó sigilosamente toda España de punta a punta dos veces consecutivas. Dicha historia podría haberse producido en Moldavia, Silesia o Valaquia, que son tierra de vampiros, pero sorprendentemente se produjo en España a principios del siglo XX.

"El viaje del ataúd siguió una extraña ruta a través del país, pasando por localidades que no justificaban su presencia para llegar a su destino final y en las que, curiosamente, fueron apareciendo extraños casos de Vampirismo"

En el primer tercio del siglo, alrededor de 1917, llegó al puerto de Cartagena un singular ataúd que transportaba el cadáver embalsamado de un noble servio llamado el Ugarés, el cual en vida había atormentado y asustado ciudadanos en diversas aldeas de este país centroeupeo.

Según la leyenda este hombre era, en realidad, un vampiro que infundía un profundo temor a sus vecinos. Para evitar que su presencia se manifestara después de muerto, su cadáver fue trasladado a España, a un lugar de

Galicia donde residía una persona emparentada con el Ugarés.

TRASLADO DEL ATAÚD

Un día de otoño el ataúd llegó a España. Fue descargado en los muelles del puerto de Cartagena y allí estuvo depositado durante cierto tiempo, en espera que alguien lo reclamara. Finalmente llegó la carta de una persona particular residente en La Coruña, reclamando el ataúd y dando las oportunas órdenes para que lo trasladaran a Galicia.

El ataúd inició el tétrico viaje hacia el norte, partiendo de Car

tagena por carretera y en dirección hacia La Coruña. La distancia de punta a punta de la península era muy larga y naturalmente el ataúd tuvo que hacer escala en varias localidades de Andalucía, Castilla, Cantabria, Asturias y Galicia. El ataúd viajaba cerrado y el cadáver supuestamente embalsamado no desprendió olor fétido alguno.

CASOS DE VAMPIRISMO

El viaje del ataúd siguió una extraña ruta a través del país, pasando por localidades que no justificaban su presencia para llegar a su destino final y en las que, curiosamente, fueron apareciendo extraños casos de vampirismo mientras pernoctaba el ataúd. Almería, en Andalucía; Toledo, en Castilla; Sanillan del Mar, en Cantabria y La Coruña, en Galicia, fueron escenario de tan inexplicables hechos.

Los vecinos hablaban de un extraño licántropo, que ocasionaba muerte de inocencia sanguínea. Las víctimas

Primera página del artículo de D'Arbó en la desaparecida revista Karma 7.

K7 50

centroeuropeo» [Arbónés 1998: 50]. D'Arbó no solamente le pone nombre al muerto, sino que hace aparecer explícitamente un muerto embalsamado y le atribuye unas cuantas hazañas al estilo de Drácula por el continente.

Continúa D'Arbó diciendo que «para evitar que su presencia se manifestara después de muerto, su cadáver fue mandado a España, a un lugar de Galicia donde residía una persona emparentada con el Ugarés». Un poco más adelante añade que el ataúd «no desprendía olor fétido alguno». [Arbónés 1998: 50].

Prosigamos con la creatividad de D'Arbó. Al paso del ataúd en su singladura terrestre, «los vecinos hablaban de un extraño licántropo, que ocasionaba muerte de inanición sanguínea. Las víctimas perdían, repentinamente, gran cantidad de sangre en sus cuerpos y acabaron siendo víctimas de la anemia, muriendo en muy poco tiempo» [Arbónés 1998: 51]. Cuando el ataúd llegó a La Coruña D'Arbó nos recrea la escena añadiendo que «permaneció guardado en la oficina consignataria de paquetes a la espera de que alguien lo reclamase. Los empleados del lugar sabían que el ataúd estaba cargado aunque, extrañamente, no despedía ningún hedor, sólo se intuía un olor a tierra húmeda». Y tras su devolución a Cartagena, «no disponían de la dirección del remitente, así que lo guardaron como un paquete más. Cada día que pasaba el ataúd desprendía un olor más fuerte a humedad ¿Qué había realmente en su interior? ¿Llevaba tierra húmeda o bien tenía un cadáver embalsamado?».

Sigue D'Arbó con su particular guión sobre la historia. «Unos días después, cuando ya los responsables del almacén de paquetería estaban pensando cómo deshacerse del ataúd, apareció un misterioso personaje que resultó ser un noble de origen servio. Este hombre desconocido se personó en el lugar, dio los datos del consignatario y manifestó su deseo de hacerse cargo del cadáver. Sin embargo, manifestó no poseer los suficientes medios económicos para poder embarcarlo de nuevo, por lo que manifestó su deseo de enterrarlo en el propio cementerio de Cartagena» [Arbónés 1998: 51]. Todo puro invento de D'Arbó, lo más curioso para el lector es que cita nuestro libro como única fuente bibliográfica.

«El aristócrata centroeuropeo consiguió por fin – continúa D'Arbó - que el ataúd tuviera sepultura en el viejo cementerio existente en Cartagena. Se dispuso de una sencilla tumba en el suelo y acto seguido se llevó a cabo un discreto y sigiloso entierro, al que solamente asistieron los empleados...» [Arbónés 1998: 51-52].

D'Arbó atribuye a unas «crónicas de sucesos de esa época», que por supuesto no identifica, que el cadáver balcánico que provocó estragos en la población de Cantabria «estaba enterrado en el cementerio de Santillana del Mar» [Arbónés 1998: 52]. Y la sesión descrita por Espinosa [1992:10] se convierte, en manos de un grupo ocultista experto, ..., en prácticas mágicas anglosajonas en una «ceremonia mágica en el interior de la capilla (¿del cementerio de Santillana?) ante la presencia del cadáver del misterioso personaje balcánico» [Arbónés 1998: 52].

Luego reproduce el texto del olor a podredumbre transcrito por Espinosa, con un pequeño leve cambio, pero poniéndolo en boca de un testigo vivo en la época de composición del artículo, durante la segunda parte de 1997. Y para ello traslada el ritual «a principios de los años cuarenta». Sin problemas...

D'Arbó continúa novelando poniendo voz a un supuesto testigo murciano que habría conocido al noble en 1917, pero omitimos los detalles y pasamos a la tumba de Cartagena. Ahora nos dice que «en lo concerniente a la misteriosa tumba del Ugarés (...) la investigación descubrió que el enterramiento se produjo, realmente, en el lugar y la tumba donde hacía referencia la leyenda; de hecho aún existe en el suelo del viejo cementerio de Cartagena, pero el cadáver que reposa en la misma ya no es el mismo y la tumba tiene puesta la inscripción nominal de otra persona que no se corresponde con el Ugarés. En cambio no se han encontrado suficientes datos registrales oficiales que arrojen luz sobre el desconocido personaje que primigeniamente en 1917 fue enterrado en el viejo camposanto en ciudad de Cartagena» [Arbónés 1998: 53].

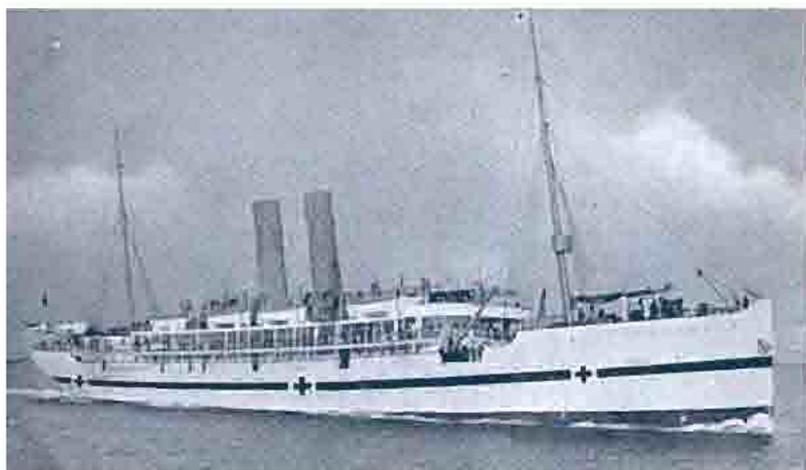
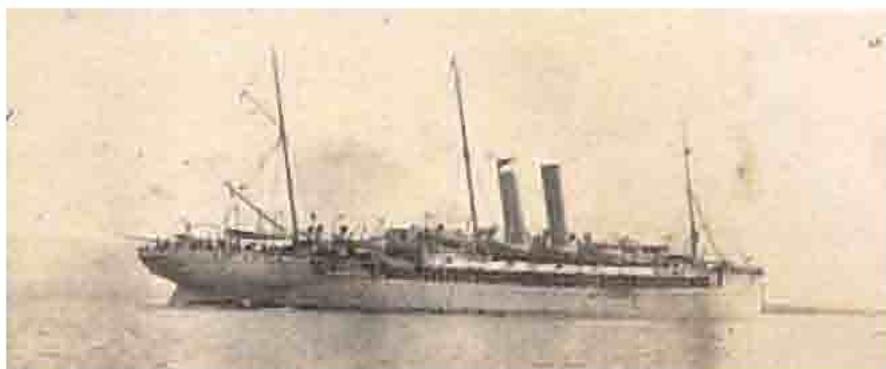
«Después de un detallado estudio del registro de entierros – sigue D'Arbó - efectuado en los dos cementerios de la localidad (...), se han encontrado datos registrales de una persona desconocida que efectivamente fue enterrada sigilosamente en el viejo cementerio, con permiso de las autoridades del lugar. Los restos del cadáver estuvieron enterrados en la tumba durante seis años consecutivos» [Arbónés 1998: 53]. Más inventiva de D'Arbó, ya que en los registros de la época no hay nada semejante, tal y como ya hemos señalado.

D'Arbó ahora decide complicar la historia y presenta lo que llama una «segunda versión» y que pone en boca de Aracil. Según esto el «fétro llegó a Cartagena (...), pero no llegó solo, sino acompañado de un noble servio, que sería seguramente el mismo personaje al que se hace referencia al final de la primera historia.

Este noble servio se llamaba Boris Stronesco y venía huyendo de la destrucción de su país en el ya inminente final de la I Guerra Mundial...». Ahora el vampiro tiene nombre y apellido y sí hay una fuente original a la que consultar, pero Aracil negó tener ningún conocimiento sobre el asunto, indicando claramente que «del tal Boris, te aseguro que es la primera vez que oigo hablar de él» [Aracil 2005a] añadiendo que «ya he localizado a D' (...) niega haberlo escrito él, y tan siquiera se acuerda del artículo...» [Aracil 2005b].

Pero los añadidos de D'Arbó falsamente atribuidos a Aracil continúan... «Al final de todo su viaje atravesando la península, el ataúd y Boris Stronesco llegaron a su destino final, a La Coruña, donde según esta versión, el ataúd fue embarcado rumbo a Inglaterra. El funcionario consignatario que embarcó el ataúd se llamaba Xuxo Grana Ouviedo y lo facturó a bordo de un paquebote que ejercía de barco mercante, llamado “Príncipe de Viana”. En Inglaterra se perdió su pista...». Supongo que al lector tampoco le extrañará a estas alturas que el funcionario en cuestión y el registro que lo atestiguaría no existen. Pero el Príncipe de Viana sí que existía, más o menos, en esa época y su actividad está perfectamente documentada [Leslie 1920; Haws 1982; Baker, Leonard 1993¹. Construido en Glasgow en 1899 y bautizado inicialmente como Tagus, se trataba de un vapor de dos chimeneas que prestó servicio para la Royal Mail Steam Packet Company's Southampton en su recorrido hacia las Indias occidentales: Southampton, Cherbourg, Vigo, Barbados, Trinidad, La Guaira, Puerto Colombia, Colon, Kingston, Puerto Antonio, Nueva York. En Vigo no paraba cuando retornaba.

El viaje inaugural comenzó el 15 de noviembre de 1899 y, excepto en 1900, en que fue habilitado para el transporte de tropas por la guerra de los Boers, continuó en la misma ruta hasta la I Guerra Mundial, en que se convirtió en un barco hospital, permaneciendo bajo servicio del gobierno británico hasta 1920, cuando fue vendido a la empresa Hijos de José Taya de Barcelona, rebautizándose con el nombre de Príncipe de Viana. Pero no tuvo ya mucha vida, puesto que fue desguazado en 1926. En resumen, el bajel no realizó el mentado viaje, salvo que D'Arbó pretendiera, en un nuevo viaje en el tiempo, que lo hiciera en los años 20.



Arriba, imagen del Príncipe de Viana antes de la Primera Guerra Mundial. Abajo, el buque, con su aspecto trocado durante los años de la contienda.

¹ Agradecemos la colaboración prestada en la obtención de información sobre el navío a Juan Ramón Mesa. La documentación sobre el vapor es mucho más extensa. A modo de ejemplo citamos que su maqueta se haya expuesta en el Merseyside Maritime Museum de Liverpool.

En el mismo artículo de D'Arbó, el entonces colaborador de la revista *Karma 7*, el madrileño Luis García Chapinal aseguraba no haber encontrado nada en Santillana del Mar y que en Comillas, «hacia el año 1917 una extraña epidemia asoló la cornisa cantábrica» [Chapinal 1998]².

El propio Chapinal apareció entrevistado brevemente en una pequeña reseña al caso en la producción televisiva titulada *Expedientes X españoles*, un popurri de sucesos muy de moda en la época gracias a la serie de Chris Carter. En las imágenes aparecían las páginas del artículo de *Karma 7* [Tele5 1998].

Llama la atención que Chapinal no dijera nada sobre el tema en su monografía sobre los vampiros [Chapinal 2000]. En cambio, amplía levemente la información de su investigación en Cantabria en la extensa entrevista que aparece en el libro de Jesús Palacio *Nosotros, los vampiros* [Palacios 2002]. Curiosamente señala respecto al caso del ataúd que «... el informe que citaba Aracil existe, pero no he conseguido averiguar en manos de quien está ahora. Es muy curioso eso, porque en otro tipo de casos, como los relacionados con el Satanismo, podemos investigar un poquito más» [Palacios 2002: 74]. El informe de marras, que más bien citábamos nosotros, es simple y llanamente el resumen de Aracil [1983b], evidentemente. Por tanto el original es suyo, al margen de copias como la nuestra.

También durante el año 2002, uno de nosotros, Jordi Ardanuy, junto a Luisa Romero, decidió presentar una versión de la historia, sin considerar los episodios novelescos de D'Arbó en inglés. El trabajo finalmente se publicó en el *Journal of Dracula Studies* al año siguiente [Ardanuy, Romero 2003]³ y su interés entre los amantes del tema en el ámbito internacional, más que discreto.

Durante ese mismo 2002 Aracil había ultimado un nuevo libro sobre vampiros [Aracil 2003] para la colección «El archivo de Iker Jiménez» que vería luz en enero de 2003, con notable éxito para lo que es este género literario, a juzgar por las diversas reediciones.

En dicho volumen se hacía amplio eco, y hasta cierto punto en términos elogiosos, de lo que publicamos en 1994 sin aportar datos novedosos sobre la historia. Sin embargo, encabezaba el tema con un fragmento que no queremos dejar de comentar.

«Pero si un trabajo me ha traído problemas desagradables, ha sido el publicado sobre un “viaje misterioso” efectuado por un ataúd “maldito” hace casi un siglo. Llamadas telefónicas, visitas intempestivas, cartas en las redacciones donde he trabajado, reuniones semiforzosas con un pobre hombre que, el muy infeliz, se autotitula “vampirólogo”⁴ e incluso, en los últimos tiempos, cierta frialdad con un conocido abogado madrileño al que me une una vieja amistad⁵».

Para completar este aspecto reproducimos una parte de un escrito suyo publicado en el foro *Años Luz*.

«Los que siguen mis colecciones... ya conocían la “probable” existencia de casos de vampirismo en las cercanías de Figueras, La Garrotxa, Barcelona, etc, pero casi nadie, por no decir nadie, había oído hablar del “Ataúd maldito”, ese sarcófago, que habiendo atravesado media España, de norte a sur, al finalizar la Primera Guerra Mundial, había dejado un rastro de sangre y muerte, que aún, hace muy pocos años, se recordaba en algunos pueblos que fueron posada del tenebroso carruaje. Se me pidió entrevistas, la telebasura me intentó “tirar de la lengua”, etc., e incluso una conocida productora, intentó que explicara “sopas de duro” (a cambio de dinero), mi respuesta fue siempre la misma. Ahora, casi dos años después, y con la ayuda de algunos lectores del sur de España, concretamente de Murcia (Comunidad autónoma) puedo aseguraros, que la investigación sigue adelante, y que una mujer... ha conseguido hallar en las cercanías de una conocida ciudad murciana⁶, una tumba, o lo que queda de ella, que quizá, y digo “quizá” pueda darnos una pista, de un hecho misterioso... de aquel “Expediente X”» [Aracil 2004].

² Hubo una epidemia extremadamente importante de fiebre amarilla en 1903, que dejó una importante huella en el acervo popular.

³ Actualmente existe una versión disponible en: «www.blooferland.com/drc/images/c/cd/05Ardanuy.rtf».

⁴ ¿Se trata de Ángel Gordon? No nos hemos atrevido a preguntar...

⁵ Evidentemente se refiere a D. A. M., como pudimos constatar.

⁶ Se trataría de Cartagena según expuso en el programa de radio «Vampiros españoles» [Jiménez, Aracil 2004].

La solución final

Alguno de nosotros, un tanto hartos de especulaciones sobre la cuestión, correos electrónicos pidiendo mayores datos, entrevistas y otras cosas y, sintiéndonos por otro lado responsables de haber propagado una historia que no habíamos rematado, decidimos reunir de nuevo nuestros esfuerzos específicamente para poder esclarecer el origen de esta historia, fuere el que fuere.

Gracias a la intermediación de otro abogado de Madrid pudimos localizar finalmente a D. A. M., el abogado madrileño, y a partir de ese momento la solución llevó ya escaso tiempo.

Lo que nos relató el jurista fue que en el año 1983 se puso en contacto con Aracil a raíz de leer un artículo suyo en la revista ya citada *Karma 7* [Aracil 1983a] en que relataba su viaje a Rumanía hollando las vetustas huellas de Vlad Tepes y del Drácula de Stoker. A partir de aquí iniciaron una intensa relación epistolar que luego se convirtió en telefónica e incluso personal.

En el inicio de esa relación, y arrastrado por la pasión que sentía por los vampiros, D. A. M. habló a Aracil de una narración que aparecía en una antología de literatura fantástica publicada en 1969 [Guarner 1969]. En 1983, por diversas vicisitudes, el abogado ya no disponía del volumen y le refirió la historia basándose en su memoria y dándole visos de credibilidad aunque se tratara de una narración de ficción. No es que D. A. M. no entendiera que estaba frente a una recopilación literaria, ni mucho menos. Pero los detalles de la historia y el que fuera firmada por un escritor, Alfonso Sastre, que utilizaba numerosos referentes cotidianos, hizo que el jurista estimara como probable que la narración se basara en una leyenda o historia local. Suponía que, igual que en el caso de Perrault o de los hermanos Grimm, por debajo de la narración de Sastre había un substrato real.

Y lo que recordaba D. A. M 10 años después, es lo que hizo llegar a Aracil, con la particularidad de que en sus notas o informe no anotó el origen de la historia, quizá por ignorarlo, ya que nuestro hombre de leyes no recuerda, por el paso de los años, si le indicó realmente ese punto esencial.

Por tanto el origen de toda nuestra historia era un fragmento de una obra de Alfonso Sastre titulado «Historia popular de los vampiros Zarco y Amalia» aparecido en una selección titulada *Antología de la literatura fantástica española*, recopilada por José Luis Guarner [1969: 656-663].



Reproducción de la cubierta de la «Antología de la Literatura fantástica española de Guarner», que en cierta forma fue el origen de toda esta historia.

La narración seleccionada formaba parte de la irónica y recomendable novela de Sastre *Las noches lúgubres* publicada en 1964⁷. En concreto bajo el epígrafe «Las noches del espíritu santo» se lee:

«Movié la cabeza:

-Si, amigos -se condolió con acento sincero-, la verdad es que hay cosas que a uno se le cae la cara de vergüenza confesar. Como hombre de bien, de sencillas costumbres, se le hace a uno cuesta arriba, carajo, declarar que ha tenido relaciones con un muerto. Yo por aquel entonces -tengo cincuenta y ocho años, y tenía entonces los veinte, si es que llegaba; así que figurarse lo que ha llovido desde aquellos tiempos de mi juventud en que yo habitaba en la plaza de la Alegría, luego Manuel Becerra, y ahora, no sé por qué regla de tres, plaza de Roma; cuando el bar "Cristales", que luego ha sido famoso, era un triste barracón de madera plantado ahí, en la mitad del campo; el tiempo en que la Cierva probaba su invento del autogiro subiendo precisamente desde la plaza de la Alegría, que recuerdo que una vez se le enredó el aparato en unos cables del tranvía y la hostia que se pegó-, yo por aquel entonces era, se puede decir, un inocente y lo único que se me ocurrió fue huir de la Amalia como alma que lleva el diablo, sin pensar de verdad que pudiera estar muerta, idea en la que vine a caer estudiando vampiros y que confirmé luego más tarde, ya instalado en el barrio, ante el cachondeo que se trae con la sangre esa familia.

"He puesto oído a los rumores que corren por el barrio de San Pascual y puedo asegurar que no soy el único en creer lo que os acabo de decir; pero además es que he investigado un poco el caso por medio de un lejano pariente mío vecino del pueblo de la Amalia, que es Alhama de Murcia; y resulta de mi pesquisa lo que voy a contaros con la fría elocuencia de los datos comprobados en registros civiles y en papeles de nada dudosa autenticidad.

"Que el primero de mayo de 1915, en plena guerra europea, murió en Alhama de Murcia y fue enterrada al día siguiente en aquel camposanto la niña de diez años Amalia Franco Calderas, a causa, según certificado médico, de una anemia perniciosa.

"Que en el documento nacional de identidad de la Amalia, la dama en cuestión figura con ese nombre y apellidos: Amalia Franco Calderas, natural de Alhama de Murcia; profesión: sus labores.

"Que su fecha de nacimiento, en el documento de referencia, es el 4 de agosto de 1905; lo cual que quiere decir que la Amalia, ésta que viste y calza, tenía diez años en el 1915; o lo que es lo mismo, que ella es la difunta.

"Que en la Policía de Cartagena -ciudad que conozco como la palma de mi mano de mis tiempos de navegante; sino que además tengo un amigo de la B. I. C de aquella zona, alcoyano como yo, aunque oriundo de Callosa del Segura-, que en la Policía de Cartagena, insisto, figura un atestado por la desaparición de algunos cuerpos en los cementerios de Alhama, Lorca y Mazarrón, cosa que se achacó a las andanzas de un vicioso denominado el capitán Saltatumbas, pero que la existencia del Saltatumbas no está probada, pareciendo que la víbora lúbrica conocida por ese nombre es un producto de la imaginación mediterránea, propia de aquellas tierras.

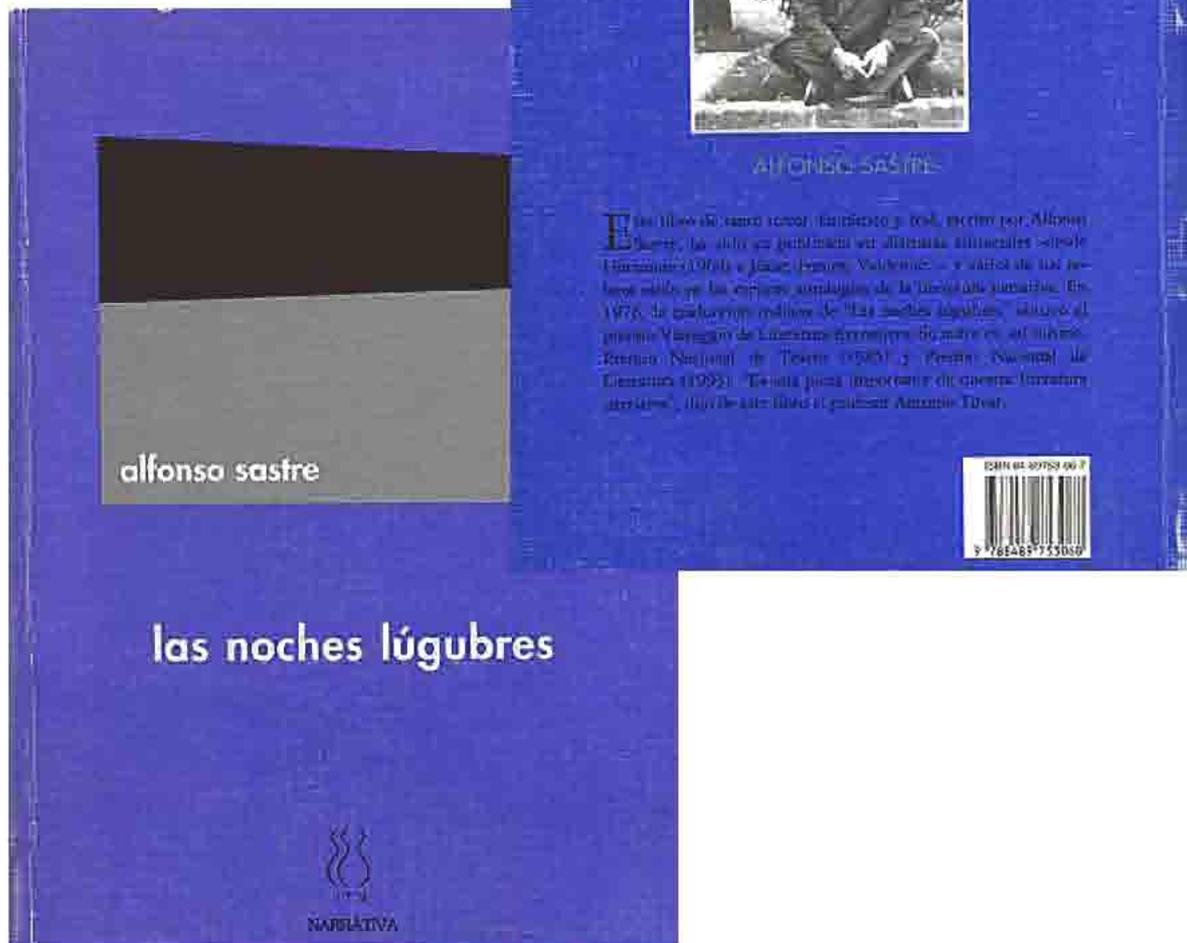
"Que, en cambio, se sabe que en el 1898, el año de Cuba, fue desembarcado, en el puerto de Cartagena, un ataúd yugoslavo cuyo contenido se ignora, y que muy bien pudo ser -según dice Francisco Pérez Navarro, especialista en ciencias del demonio- la semilla del vampirismo español posterior que parece extenderse hasta Almería por el Sur y cruzar la península hasta La Coruña, como un ramalazo, señalándose casos importantes en la provincia de Toledo -por ejemplo el vampiro de Borox-, mientras que por el Norte se extiende una rama lateral hasta Santillana y Comillas, en cuya Universidad parecen haberse dado varios casos de jesuitas vampiros, casos sobre los que echó una tupida tierra la Compañía que, según parece, mandó a los sospechosos de esas prácticas a las misiones chinas; siendo de señalar, por lo que se refiere a Castilla la Nueva, el caso de Meco, al lado de Alcalá de Henares, pueblo en el que fueron acusados de vampiros, a la par que de rojos, cuarenta y ocho ciudadanos -entre ellos doce mujeres- y ejecutados sin muchas formalidades por las fuerzas del orden, de modo parecido a como se hacía con las brujas antiguas.

"Que la familia de Amalia tenía una pensión de viajeros y estables en Alhama de Murcia y que en ella se sabe que vivió algún tiempo un conde o aristócrata yugoslavo o polaco que muy bien pudo ser el gachó del ataúd de Cartagena.

"Que el 14 de mayo de 1915, es decir, trece días después de su fallecimiento, aparece la Amalia aquí, en el foro, y se pone a servir en casa de un coronel de Artillería, el cual fallece anémico perdido al año de convivencia con la Amalia.

⁷ La edición apareció censurada. No fue hasta 1973 cuando se publicó una edición completa. Fue traducido al italiano en 1976 con el título *Le notti lugubri* y editado por Riuniti de Roma.

Cubiertas anterior y posterior de «Las noches lúgubres» de Alfonso Sastre, en una edición moderna.



“Que la tal Amalia, aparte del olor a muerto, tenía la mala costumbre, en los momentos de pasión, de atacarme la yugular, lo cual explicaba luego diciendo que es que yo, de tanto calor como ponía en el asunto, la volvía loca. Menos mal que yo no tragaba un pelo y no llegó a saltar ni una gota de sangre de mi cuello, el cual, a lo más quedaba un poco chupao por la cabrona que quería hacer de mí un desgraciado que dónde estaría yo ahora, madre mía.

“Y ahora el que quiera entender que entienda; porque yo ya no quiero referirme a más, como es lo de la dentadura, ni menos aún a la prueba de que el demonio anda en esa relación matrimonial; prueba que estriba en la forma de los miembros de esa pobre criaturita, que yo la he visto, y que lo mejor que le podía ocurrir es fallecer, y ojalá ocurra eso antes de que la Amalia lo inicie en sus prácticas de brujería y luego ya no pueda morir el chaval si no es por el procedimiento, que hay que tener estómago, de la estaquilla.

¡Dios nos ampare, hermanos! Esta es la historia, don Antonio, y éste es el tomate a que me refería. Sólo que si vas y denuncias este peligro del barrio, a ver qué ocurre; lo menos que te toman es por majara, pero a lo peor se creen que vas de cachondeo y te muelen a palos en el cuartelillo de la Guardia Civil» [Sastre 1998: 63-66].

Parecería que durante todo este tiempo D. A. M. había conocido y conservado en secreto la explicación de todo el embrollo, puesto que conocía perfectamente nuestro libro y las posteriores publicaciones. Pero no era exactamente así. Y la razón se hallaba en una desafortunada frase de nuestro libro: «En otoño de 1983, Miguel Aracil recibe cierta información sobre los trabajos de investigación de un abogado toledano residente en Madrid e interesado por la heráldica» [Flò; Ferran; Ardanuy 1994: 119]. Ya hemos indicado la inferencia errónea que cometimos al situar el nacimiento de nuestro jurista en Toledo. Por otra parte Aracil nos había indicado su interés por la heráldica. Pero tampoco era del todo exacto, ya que su interés se centra exclusivamente en la vexilología, la disciplina que estudia las banderas y similares, diferencia enorme para los versados, pero absolutamente intrascendente para el resto de los mortales. En fin, que D. A. M. creía que existía otro abogado toledano interesado en heráldica y autor de un informe original. Nada más lejos de la realidad. El informe estaba escrito por Aracil, a partir de los relatos del jurista y lo demás una cadena de errores...

Quedaba por averiguar, evidentemente, si Alfonso Sastre se hubiera basado, aunque fuera tangencialmente, en alguna leyenda o historia local. Y su respuesta fue concluyente: «Todo es imaginario» [Sastre 2005].

El asunto quedaba zanjado. El «vampiro de Borox» del que nos habían hablado en esa población de la Sagra era simplemente una creación literaria de Sastre y había dejado solamente una tímida huella en tal población toledana. Errores, despropósitos y alguna casualidad lo convirtieron en un Expediente X.

24 nov. 05

L.D. Jordi Ardanuy

Gracias a ti:

, Todo es imaginario!

Cordialmente

Alfonso Sastre

Carta de Alfonso Sastre en que confirma que «todo es imaginario».

Referencias

1. Miguel G. Aracil (1983a). «¿Quiénes son los vampiros?» *Karma*-7, 125 (abril 1983): 40-43.
2. Miguel G. Aracil (1983b). *Resumen de la investigación remitida por el abogado D. A. M. a Miguel G. Aracil, entre las fechas 1 de septiembre y 6 de octubre*. [Mecanoscrito inédito con fecha 7 de octubre de 1983]. Barcelona.
3. Miguel G. Aracil (1986). *Vampirismo, magia póstuma de los no-muertos*. Barcelona: Arbór.
4. Miguel G. Aracil (2003). *Vampiros. Mito y realidad de los no-muertos*. Madrid: Edaf (El archivo del misterio de Iker Jiménez, 3).
5. Miguel G. Aracil (2004). «Vampirismo». *Años Luz*, mensaje 36686 <<http://es.groups.yahoo.com/group/Aluz/message/36686>> (1 de diciembre de 2004).
6. Miguel G. Aracil (2005a). [Boris Stronesco]. Comunicación personal. (4 de febrero de 2005).
7. Miguel G. Aracil (2005a). [Boris Stronesco II]. Comunicación personal. (6 de febrero de 2005).
8. Sebastià Arbónés (1998). «El misterio del ataúd maldito». *Karma* 7, 287: 50-54.
9. Jordi Ardanuy; Luisa Romero (2003). «The Journey of the Damned Coffin». *Journal of Dracula Studies*, 5: 40-42.
10. Rodney Baker; Alan Leonard (1993). *Great Steamers White and Gold. A History of the Royal Mail Ships and Services*. Southampton: Ensign.
11. E. del C. (1993). [Vampiros en España]. Comunicación personal (abril 1993).
12. Montero de Espinosa, Miguel (1992). «El peligro del vampirismo: las sesiones espirituales». *Ritos* 6: 8-10.
13. Luis G. Chapinal (1998). «Extrañas muertes en Santillana del Mar (Cantabria)». *Karma* 7, 287: 51.
14. Luis G. Chapinal (2000). *Vampirismo. Entre la realidad y la leyenda*. Madrid: Éride.
15. Martí Flò; Valentí Ferrán; Jordi Ardanuy (1994). *Vampiros: magia póstuma dentro y fuera de España*. Barcelona: Luna Negra (Los libros ocultos de Manuel Seral. 2).
16. Jose Luis Guarnier [comp.] (1969). *Antología de la literatura fantástica española*. Barcelona: Bruguera (Libro amigo. 115).
17. Ángel Gordon (1986). *El Gran libro de los vampiros. Tratado de upirología*. Barcelona: Aura (La Barca de Caronte).
18. Ángel Gordon (2005). *El Gran libro de los vampiros. Tratado de upirología*. Barcelona: Morales y Torres (Enigmas y misterios).
19. Duncan Haws (1982). *Merchant Fleets*. Vol. 5. Burwash: TCL Publications.
20. H. W. Leslie (1920). «The Royal Mail» War Book. Being an account of the operations of the ships of the Royal Mail Steam Packet Co., 1914-1919.
21. Iker Jiménez; Miguel G. Aracil (2004). «Vampiros españoles». *Milenio* 3, programa radiofónico de la Cadena Ser (7 de marzo de 2004).
22. D. A. M. (2005). [Ataúd maldito]. Comunicación personal (10 de noviembre de 2005).
23. Jesús Palacios (2002). *Nosotros, los vampiros*. Madrid: Oberon. (Serie Actualidad).
24. Alfonso Sastre (1964). *Las noches lúgubres*. Madrid: Horizonte. [Edición censurada].
25. Alfonso Sastre (1998). *Las noches lúgubres*. Hondarribia: Argitaletxe HIRU.
26. Alfonso Sastre (2005). [Amalia]. Comunicación personal (24 de noviembre de 2005).
27. Tele5 (1998). *Expedientes X españoles*. Programa televisivo de Tele 5. (19 de abril de 1998).